

MISIÓN: IGLESIA Y MOVIMIENTOS ECLESIALES

Los movimientos en la Iglesia están llamados a reflejar el Misterio de ese amor del que nació la Iglesia y que se genera continuamente, pues en el seno de la Iglesia, pueblo de Dios, expresan ese múltiple movimiento que es la respuesta del hombre a la revelación y al Evangelio de Jesús. La Iglesia misma como movimiento, nacida del amor eterno del Padre, a través de la misión del Hijo y del Espíritu, está inscrita en la historia del hombre y de las comunidades humanas. La Iglesia vuelve a proponer a la libertad del hombre contemporáneo el acontecimiento de Jesús: su misión parte de la conciencia de que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est*, 1). El movimiento del amor del Dios Trinidad hacia nosotros pone en movimiento su creación para la salvación. Todo y todos los movimientos de y en la Iglesia reflejan y manifiestan esta lógica trinitaria a través de dones espirituales carismáticos.

Del vínculo entre la Iglesia y la misión, san Juan Pablo II nos ha legado una primera luz significativa sobre la naturaleza de los movimientos. Estos solo son comprensibles dentro de la misión de la Iglesia: de hecho, nacieron para la misión de la Iglesia. Efectivamente, su aparición se puede relacionar en gran medida con el Concilio Vaticano II, que ha propuesto enérgicamente la naturaleza misionera de la Iglesia. El dinamismo del crecimiento de la Iglesia y, por analogía, de los movimientos eclesiales, debe ser portador de un mensaje de salvación y de un encuentro hasta los confines del mundo, evitando cualquier autorreferencialidad y exclusivismo.

El carisma, don del Espíritu Santo y origen de cualquier movimiento eclesial, es reconocido y afirmado como el camino que lleva a Jesús, como una actualización histórica y concreta de esa pedagogía con la que Dios continuamente y de muchas maneras revive y guía el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El Espíritu, que instruye y dirige a la Iglesia, la rejuvenece y la renueva con dones jerárquicos y carismáticos enraizados en la experiencia de la Pascua de Jesús, conduciéndola a la unión perfecta con su esposo (cf *Lumen gentium*, 4). Por lo tanto, la fidelidad al carisma fundacional, continuamente confirmada, aumentará el poder misionero inherente a los movimientos, haciéndolos más adecuados para servir a la Iglesia para la salvación del mundo.

Estos dos elementos, la misión de la Iglesia y el carisma de la fundación, representan la invitación constante a vivir la universalidad de la Iglesia, a cuyo servicio están disponibles los movimientos eclesiales. Este es el desafío de la catolicidad: de hecho, en ella, los movimientos están destinados a crecer o disminuir de acuerdo con la voluntad de Dios para la misión en el mundo. La catolicidad, en este contexto, significa la capacidad de vivir el carisma sin parcializarlo, sino manteniéndolo en relación con todas las implicaciones del misterio de Cristo que ofrece la Iglesia. Sin embargo, la catolicidad también indica la energía con la que testimoniar, en el cambio de la propia vida, la centralidad de Cristo para cualquier hombre. El mundo, de hecho, como recientemente ha enfatizado el papa Francisco, «necesita el Evangelio de Jesucristo como algo esencial. Él, a través de la Iglesia, continúa su misión de *buen samaritano*, curando las heridas sangrantes de la humanidad, y de *buen pastor*, buscando sin descanso a quienes se han perdido por caminos tortuosos y sin una meta» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2017, 4 de junio de 2017).

Esta es la razón por la cual la Iglesia, el pueblo de Dios que camina con la historia, encontrando siempre nuevas realidades y condiciones humanas muy distintas, desea anunciarles la Buena Nueva de manera concreta, comprensible y convincente. Evangelizar de manera misionera en la actualidad no solo significa irse a continentes lejanos, sino penetrar

en los ambientes de la vida cotidiana que, con las transformaciones de la sociedad, adquieren características y presentan cada día desafíos nuevos. En estos lugares es donde queremos demostrar cómo el encuentro con Jesús hace que la vida del hombre sea nueva y le permite caminar hacia su plena realización. La gran novedad del Concilio es subrayar cómo esta tarea pertenece a todos los fieles bautizados y es posible gracias a la variedad carismática de los movimientos eclesiales. En este sentido, el único verdadero protagonista de la misión es Cristo, que quiere conocer a la persona en su propia historia y educarla en la fe de la comunidad cristiana. Los movimientos eclesiales corresponden a la superabundante riqueza creativa de Dios en el encuentro de cada uno de acuerdo con las diferentes y variopintas situaciones humanas, culturas, lenguajes y sensibilidades.

La forma en que los movimientos eclesiales han sido llamados a vivir esta misión asume con el tiempo la forma de la invitación a construir la civilización de la verdad y el amor. Esto requiere un método de educación de personalidades maduras, discípulos misioneros capaces de penetrar con la fe todas las condiciones posibles del hombre. Las Escrituras, la fe, los sacramentos, la comunión y la obediencia (cf *Lumen gentium*, 14) representan elementos fundamentales para evaluar la adecuada autenticidad eclesial de los movimientos y su eficacia misionera. En particular, concluida la fase de fundación y cumplido el reconocimiento por parte de la autoridad eclesiástica, los movimientos pueden alcanzar la madurez en la que la misión de la Iglesia se convierte en algo esencial para que los carismas se mantengan vivos y fecundos. El compromiso misionero, en el encuentro con el otro, se convierte en una posibilidad de educación y de crecimiento para los propios movimientos, oportunidades para profundizar el don carismático recibido.

Aunque la jerarquía no posee el monopolio de los carismas, posee el carisma del discernimiento y de la ordenación de todos los carismas para el bien común de la Iglesia. La referencia filial al Papa y a los obispos de los movimientos no debe menoscabar su servicio carismático de apertura y ampliación de los horizontes eclesiales hacia todas aquellas experiencias

y condiciones humanas que, de diferentes maneras, interpelan a la misión de la Iglesia.

Con respecto al problema pastoral de integrar la acción de los movimientos en la actividad ordinaria de la Iglesia, no podemos esperar resolverlo a través de estrategias eclesíásticas o simples planificaciones canónicas y pastorales. Es preciso mirar más bien al Espíritu, para ver lo que inspira en la vida de la Iglesia, para ver dónde la justa relación misionera entre la Iglesia y el mundo se manifiesta concretamente y comienza a dar sus frutos. La respuesta a esta tensión no es un proyecto humano, sino una iniciativa del Espíritu dentro del dinamismo de la misión de la Iglesia.

La vocación personal, la familia basada en el matrimonio, la cultura, el trabajo y la economía, el cuidado integral de la vida humana, la justicia social, la paz y el respeto por el medio ambiente, son todos lugares de verdadera confrontación y de discernimiento pastoral donde pueden encontrar una auténtica conversión misionera inútiles tensiones y contrastes. Es en la misión y en el esfuerzo de servirla donde todas las relaciones eclesiales, sacramentales y carismáticas, las Iglesias locales, las parroquias y los movimientos eclesiales, están invitadas a expresar su verdadera voluntad de servir a la llamada universal a la santidad, común a todos los hombres y mujeres que anhelan la salvación.

Al principio, san Juan Pablo II recordó a las jóvenes realidades de los movimientos que construyesen formas más auténticas de relación con la vida ordinaria de la Iglesia. La relación a menudo problemática entre las Iglesias diocesanas y las parroquias, por un lado, y los movimientos eclesiales y las asociaciones laicales libres, por otro lado, debe ajustarse dentro de la relación más amplia entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal. La Iglesia particular se erige como una forma en que la Iglesia universal puede encontrar hombres históricamente ubicados, llegando a ellos en los distintos ámbitos de sus vidas. De hecho, la parroquia, el lugar más próximo a la vida cotidiana, está configurada originalmente como la expresión de esta Iglesia local. De esta manera, el acercamiento de Dios hacia el hombre se manifiesta históricamente, dentro del contexto social en

el que vive: la única y total Iglesia de Cristo se particulariza. Visto en estos términos, la Iglesia universal y la Iglesia particular no son dos entidades diferentes, sino dos dimensiones de la única Iglesia de Cristo.

Del mismo modo, los movimientos eclesiales se refieren a la Iglesia como tal, en su dimensión universal y particular. Ahora las cambiantes y siempre diferentes situaciones de la vida imponen un replanteamiento de la presencia y el testimonio cristianos. Por el lugar y el tiempo vivido en las propias casas, la parroquia aún mantiene su precioso valor de comunidad en el que la fe se transmite, se vive y se sostiene gracias a la centralidad de la celebración eucarística. Por otro lado, sin embargo, se requiere un mayor dinamismo personal y una mayor creatividad en la evangelización: es la persona que vive en los diferentes y fragmentados entornos quien debe atestiguar en ellos la fe. Para la parroquia, la tarea de transmitir la fe y el acompañamiento de la persona requiere una creciente y desafiante apertura y comunión con todas las realidades eclesiales que lo hacen posible en los lugares de estudio, de trabajo, de compromiso público y social.

Las parroquias y los movimientos, en la comunión de las Iglesias particulares en la Iglesia universal, están llamados a colaborar, según sus propios deberes, con la única misión de la Iglesia. Por un lado, los movimientos pueden llegar a hombres y mujeres en el entorno de la vida de acuerdo con la sensibilidad espiritual de cada persona. Por otro lado, la parroquia ofrece la presencia de Dios entre las casas y salvaguarda la universalidad de un anuncio de salvación que se dirige a todos sin discriminación, gracias al territorio en el que simplemente residimos. El movimiento frenético de la vida contemporánea, la velocidad digital de las conexiones, junto con las migraciones masivas y los movimientos de los pueblos, requieren que la Iglesia esté presente en todas partes, sea flexible y esté siempre en camino.

La flexibilidad apostólica y las nuevas formas de vida comunitaria generadas por los carismas de los movimientos eclesiales parecen corresponder a estos nuevos rasgos de culturas posmodernas y digitales en el centro de las cuales hay una gran preocupación por las emociones y los sentimientos de los sujetos humanos. La libertad del Espíritu en la creatividad de los

movimientos eclesiales, de las asociaciones laicas y de las nuevas comunidades de vida cristiana responde a los nuevos desafíos del anuncio y del testimonio cristianos.

